

mí en este día de lágrimas y de recuerdos; y por tener que presentar á vuestro exámen, no un emblema de virtud, ni una sombra vaga de piedad, que se desvanezca al soplo leve, como sucede con las cenizas del sepulcro; quisiera dirigiros mis lúgubres conceptos, cerca, sí, muy cerca de aquel Prelado, que he visto la noche del día 13 de Julio agonizar en mis brazos. ¡Quisiera ver su noble cabeza cubierta del sudor mortal! Porque siendo él un verdadero ejemplo de virtud, me bastaría presentarlo á la vista de cada uno de vosotros; para que estudiando la regularidad de su vida, midieseis la grandeza de sus acciones.

Yo, no obstante mi poco ingenio, confiado en la proteccion de la gracia, no temo decir: que EL ILLMO SR. DR. D. JOSÉ ANTONIO DE LA PEÑA Y NAVARRO, DIGNÍSIMO OBISPO DE ZAMORA, FUÈ UN VARON ILUSTRE, QUE OBRÓ EN SU LARGA VIDA, TODO CUANTO ERA BUENO, RECTO Y VERDADERO EN ORDEN AL MINISTERIO DE LA CASA DEL SEÑOR; Y TODO LE SALIO FELIZMENTE. "Operatus est bonum, et rectum, et verum in universa cultura ministerii domus Domini..... et prosperatus est."

Hé aquí, por qué razon, yo le busco con ahínco y quisiera, como he dicho, tenerle muy cerca de vosotros que le amaistes con predileccion. Y así, permitid que os pregunte como la Magdalena preguntó deshecha en lágrimas al llegar á la puerta del sepulcro: *¿Qué habeis hecho de mi Señor, en dónde habeis colocado su cuerpo?* "Dicito mihi ubi posuisti eum?" En vano dirijo mi vista por el vasto espacio de esta Basílica.... Se me presentan objetos lúgubres y melancólicos, imágenes tristes, emblemas de dolor, sombras fugáces

de la vida que van á perderse entre las densas tinieblas del sepulcro! Me detengo, es verdad, á la puerta de este monumento.... quisiera penetrar en su oscuro recinto, levantar los mármoles que cubren los sepulcros de nuestros mayores, tomar en mis manos sus restos mortales, y ver si entre ellos encuentro al bondadoso Padre que he perdido. Levanto mis ojos; y al reconocer sobre esa urna cineraria la mitra recamada de oro que ciñó su espaciosa frente; el báculo preciado empleado para corregir las infracciones de la divina ley; el Ephod ó pectoral, símbolo de santidad y de prudencia, que tantas ocasiones besó devotamente; al percibir el aroma de esas vestiduras pontificales; al ver ese Libro de los Santos Evangelios, tantas veces abierto delante de sus ojos; y finalmente, contemplando este fúnebre conjunto de símbeos mortuorios, me considero como el viajero frente á frente de las Pirámides de Egipto contemplando las pasadas grandezas, ó bajo las catacumbas de Roma recordando las virtudes heroicas de los confesores y mártires cuyos restos mortales guardan aquellos sepulcros; pero mi corazón, que aquí tiene su tesoro, fuertemente me impulsa á dar voces, como Raquel sobre los sepulcros de sus hijos; como Ana de Tobías en la ausencia de su hijo; como Ruben asomándose á la cisterna; como Jeremías llorando sobre las ruinas de Jerusalem....!

Mis voces resuenan en este templo, como las del extraviado caminanté en las vastas soledades del desierto! Pero en compensacion y para confirmar mi acerto, se levanta una voz secreta de nuestra misma conciencia diciendo: "¡No os detengais buscando por mas tiempo al varon ilustre que habeis perdido; sus res-

tos venerables descansan en el polvo, y su espíritu ha volado á las mansiones de la eternidad!" Estos tristes acentos que desgarran nuestro corazón fueron pronunciados por el mismo objeto de nuestro llanto, y hoy mismo, del fondo de su sepulcro salen estas sentencias, que deberán grabarse eternamente en nuestra memoria: "Vedme aquí, ahora voy á dormir en el polvo, y mañana cuando me vengais á buscar yo no existiré: Ecce nunc in pulvere dormiam et si mane me quesieris, non subsistam."¹

Hoy, H. M. aun están vivos esos recuerdos preciosos que de sus virtudes hemos recogido en su lecho de dolor y de lágrimas. Aún están aquí testigos oculares de su benignidad y mansedumbre, de su humildad y modestia, de su caridad y pureza, de su resignación, fortaleza, piedad y demás virtudes que caracterizaron al Illmo. y Dignísimo Sr. Dr. D. José Antonio de la Peña y Navarro Primer Obispo de esta Sta. Iglesia de Zamora. Hoy, aún podemos acercarnos á su cuerpo, y á la vista de él, contemplar los muchos beneficios que Dios se dignó conceder á esta ciudad. Bien podemos colocar sobre su sepulcro la flor de nuestra gratitud y la palma que los pueblos agradecidos saben ofrecer á sus ilustres libertadores. ¡Mañana, tal vez ya no existirán ni sus cenizas, como también sus recuerdos; mañana, en la caída de los monumentos y entre los escombros de esta ciudad, las generaciones venideras no hallarán esas insignias de su grandeza; todo habrá perecido, porque el tiempo lo arrastra todo al olvido y á la indiferencia! Con el mundo pasan los honores y las grandezas humanas, y nada subsiste ni

(1) Job cap. 7 v. 21.

permanece en el mismo estado.¹ Tal es la condición humana! "Et si mane me quesieris non subsistam." En efecto: ¿Qué ha quedado de aquellos grandes hombres que llenaron de asombro á las naciones? ¿Qué se hicieron sus riquezas? ¿En qué vinieron á parar sus conquistas? ¡Ah Señores! Pasaron como las nubes sin dejar siquiera la sombra que proyectaron sobre el mundo; pasaron como meteoros, y su huella en el azul hermoso de los cielos ya no existe! Esas generaciones bien pueden decir con Job: "Fuissem quasi non essem, de utero translatus ad túmulum."

La cuna en que se mece el hombre y el túmulo en que descansan sus restos, son como el *Alfa* y el *Omega* del alfabeto que expresa las grandezas y vanidades del mundo, ó como el principio y término de las transitorias felicidades de la vida humana en este valle de amarguras y de lágrimas. La verdadera felicidad del hombre comienza en la regeneración espiritual,³ y en la adopción de hijos de Dios en la persona de Jesucristo.⁴ La vida del hombre, considerada en el tiempo, es un soplo;⁵ considerada en la eternidad se identifica con la misma eternidad.⁶ El hombre terreno vuelve con el tiempo á convertirse en polvo.⁷ El hombre espiritual no se aniquila ni perece, se hace inmortal.⁸ Las obras espirituales son perdurables; mas las carnales son deleznales y caducas.⁹ Hé aquí, por qué pasa la figura de este mundo, pues el hombre nace como la flor y se marchita,¹⁰ y si permanece un poco de tiempo en el teatro del universo, pasa despues al túmulo y del túmulo á la nada:

(1) I. Corint. cap. 7.—(2) Sap. c. 1. 2.—(3) Tit. 3. 5 Galat 4, 6.—(4) Rom. c. 8 et 23.—(5) Job c. 7.—(6) Joan 11. c. 16.—(7) Genesis 3. 19.—(8) Ecles. c. 10.—I. Cor. c. 15.—(9) Prov. 3. v. 15.—(10) Ecles. c. 4.

et si mane me quiesieris non subsistam. Hé aquí, también, que la memoria y las virtudes del justo se levantan á la altura inmensa de los cielos; y aunque el cuerpo descansa en paz, su alma en la eternidad vive en el seno del Creador, su nombre va escrito, no con polvo de oro en alas de fugaz mariposa, sino con rutilantes estrellas en el fondo azul de esa bóveda celestial¹ y se transmite de generacion en generacion; porque el libro de la vida, semejante al firmamento, está abierto para todos los pueblos y naciones; y aunque pasen los cielos, y la tierra suspenda su carrera, las palabras de la eterna promesa de Dios no pasarán jamás,² ni dejarán de tener su significado y cumplimiento: "La memoria del justo será eterna y su nombre vivirá por todos los siglos." *Memoria Eterna erit justus.*³

Este conjunto de verdades eternas, que han venido hasta nosotros desde los tiempos adámicos, y que leemos como entre el musgo de las pirámides de Méfis y en las ruinas de Palmira, las encontramos expresas claramente en nuestros Libros Santos, y en las costumbres de los pueblos modernos.

Esta creencia es universal, y en ella giró siempre el astro refulgente de la esperanza cristiana. Esta misma idea religiosa, la teneis expresa hoy en este monumento colosal, en esta pira adornada con los trofeos de la muerte: ella encierra un misterio sublime, ella significa un sentimiento elevado y grande, ella habla hoy á la presente generacion.

Yo no quiero solo dar testimonio de esta verdad, escuchad la voz de un Pontífice, que jamás debeis olvidar: "Hé aquí el trofeo de la religion sobre la muerte, dice el Illmo. Sr. Munguía.

(1) Ep. ad Filip. c. 20.—(2) Marci c. 13.—(3) Salm. 111 y 127.

Ese túmulo levantado sobre los pavimentos de la Casa de Dios, posando sobre sepuleros, oprimiendo las generaciones y mirando á los cielos, rival triunfante de las pirámides y de los obeliscos, salva la gloria del naufragio del tiempo é inclinando nuestra frente ante el Supremo *Rey para quien todo vive*, acrisola la virtud y garantiza la inmortalidad."¹

Con el firme convencimiento de este dogma de la inmortalidad del alma, no menos que de la vanidad de las grandezas humanas, el Ilustrísimo Señor Peña anduvo constantemente en la meditacion del consejo saludable que nos dá el Espíritu Santo: «*Acuérdate de tus novísimos y no pecarás jamás.*»² Por esto es, que encontraremos en toda su vida, un ejemplar digno de imitarse, principalmente cuando se quiera reglamentar las costumbres segun las máximas evangélicas.

Lo que se ha dicho, es mas que suficiente para que éste monumento levantado en memoria del Pontífice que hoy lloramos, os haga detener en vuestra carrera para pensar seriamente en la vanidad de las cosas terrenas, que tanto enorgullece á los hombres sensuales y les hace cada dia alejarse de la verdadera grandeza y de la gloria. En circunstancias tan lamentables, como son estas, al borde del sepulcro de un Ilustre Varon, de un Sacerdote y Pontífice, es donde con mas claridad se ven desvanecerse los aplausos del mundo y las vanidades del siglo. Veamos ahora, cómo se practica la virtud y se aborrece el vicio, y en lo que consiste la verdadera grandeza de un fiel Pastor, que se sacrifica por sus ovejas.

(1) Oracion Fúnebre del Illmo. Sr. Portugal.—(2) Ecli. c. 7 y 40.

Cuando los hombres fundan sus esperanzas en la riqueza y pro genie de las familias, y por intereses bastardos entran temerariamente al Sacerdocio sin vocacion; entón ces, Dios, sucita del seno de las familias humildes y pobres que forman la comunidad de un pueblo, á hombres sin títulos de sangre y de nobleza, para los altos puestos y dignidades.¹ La soberbia de los nobles, entón ces queda confundida y la incredulidad avergonzada; la riqueza sin fuerzas ni valor, tiene que caer de rodillas ante un hijo del pueblo, de corazon bueno, recto y justo, que ordena todas las cosas en bien de la humanidad y en honor de la Religion.²

Tal fué la vocacion del Señor Peña para los altos puestos que ocupó en el Sacerdocio.

Hijo de padres pobres, nacido en esta Ciudad de Zamora, abrigado bajo el humilde techo de una casa, que vosotros conoceis,³ y solemnemente bautizado en esta Parroquia el dia 30 de Mayo de 1799, fué destinado como Samuel al servicio en la Casa del Señor.⁴

Habiendo recibido una educacion verdaderamente moral y religiosa, siempre fué temeroso de Dios; y en su trato civil, comedido, atento y

(1) *Vocavit ad se quos voluit Marc. 3. 13.—(2) Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur. Lucce 14. 11.*

(3) Nació el Señor Peña en una casa ubicada en la calle de Sn. Bernardo, conocida antiguamente por la casa de D. Juan José de la Peña.

(4) En la notaría de este curato de Zamora existe un libro, de pasta morada, papel corriente, del año de 1799, que en el dia 30 de Mayo tiene una partida de Bautismo que á la letra dice:

“Yo el Bachiller José Antonio de la Mora baticé solemnemente, exorcicé, puse el Santo Oleo y Crisma á un infante de tres dias de nacido, en esta ciudad á quien puse por nombre José Antonio German, hijo legitimo de D. Juan José de la Peña y de Doña Maria Luisa Navarro. Fueron sus padrinos D. José Antonio Villanueva Molinar y Doña Maria Isabel Verdusco, casados, á quienes advertí su obligacion y parentezco espiritual. Y para que así conste lo firmo de mi puño y letra.”
—José Antonio de la Mora.”

respetuoso, no solo con los grandes y superiores, sino con sus inferiores, compañeros é iguales: Dios lo habia escogido desde la infancia para que fuera un modelo de virtud, y por lo mismo, fué el predilecto de la familia y el centro del amor de sus honrados progenitores. Jóven todavia, procuró sostener á los que le dieron el ser, y comió el pan con el sudor de su rostro; pero cuando llegó el término de emprender su carrera literaria en el Seminario de Morelia; cuando oyó como los Apóstoles la voz de Jesucristo que en los secretos de su conciencia grababa aquel mandato: *Levántate y sígueme*: entón ces como Andres y Pedro dejó las redes y la nave, se levantó como Mateo y sin preguntar, ni ménos procurar el premio temporal, siguió á Jesucristo por el camino que le tenia preparado. Muy pronto divisó el Sr. Peña el premio de sus afanes, ocupando en el Colegio Seminario un lugar distinguido entre sus condiscípulos, y mereciendo la confianza de sus superiores.

Durante su carrera literaria, segun el testimonio de personas fidedignas, el Sr. D. José Antonio de la Peña fué un ejemplo de aplicacion, un modelo de virtud y un espejo en que se reflejaron las virtudes civiles, morales y religiosas. Confirmándose, en este alumno, el buen concepto que de su talento reposado y de la pureza de su corazon, se formaron sus Prelados, Maestros y demás personas que le distinguieron con su aprecio: pues siempre obró todo lo que era bueno, tanto en órden á sus estudios, como en su trato familiar: *Operátus est bonum, et rectum, et verum.*

Celozo de la honra de Dios, no permitió jamás que en su presencia se dijeran palabras ó discursos impíos é irreligiosos. Desde sus primeros años se dió á respetar; y sus condiscípulos

los y aun sus Preceptores le consideraron como un anciano de juicio, de honradéz y de un corazon lleno del santo temor de Dios. Muy alto pregonan estas bellas cualidades los certificados y demás testimonios que se tuvieron presentes en la informacion dada al actual Sumo Pontífice, el Sr. Pio IX; pero aun cuando no hubiera estos monumentos de su piedad y buenas costumbres, aquí entre vosotros hay, como he dicho, testigos contemporáneos de su infancia y juventud que, tomando las palabras citadas del Paralipomenon, darian públicamente testimonio de la grandeza de aquella alma justificada á la vista de Dios y de los hombres, diciendo: *Operatus est bonum, et rectum et verum in ordine ministerii Domus Domini.*

Sí, Señores, en estos momentos de tan gratos recuerdos, me parece que á la luz de la lámpara del Altar del Templo de S. Francisco, en esta ciudad, veo proyectarse la sombra respetable del jóven José Antonio de la Peña y Navarro. En el silencio profundo, que sobre los sepulcros y en el templo solitario se guarda, me parece, repito, oír los acompasados y graves pasos de aquel modelo de virtud..... ¡Vedle, vedle allí Señores.....! Entre aquellos antiguos altares góticos, á los resplandores agonizantes de aquella lámpara..... favorecido por el silencio de las tumbas..... oculto su rostro, y sus ojos llenos de lágrimas.....! ¿Qué hace....? ¿Por qué llora....? ¿Por qué salen tiernos suspiros del fondo de su alma? ¡Ah queridos hijos de María! ¡Ese jóven que ahí veis, derrite su corazon en dulces coloquios con esa Madre de amor! ¡Viene á ofrecerle en su altar los pensamientos de su alma, los tiernos suspiros de su corazon! ¡Viene á poner bajo su amparo á sus padres y hermanos, á sus amigos y bienhechores, á ene-

migos y pecadores...! ¡Qué modelo de piedad! ¡Qué ejemplo de recogimiento y oracion...! Con razon el Señor lo escogió para su Sacerdicio, y para que guiára al pueblo, y ofreciera por él el incienso y el olor suave, y el sacrificio de la mañana en la ley de gracia. *Ipsium elegit ab omni vivente, offerre sacrificium Deo, incensum, et bonum odorem, in memoriam placare pro populo suo.*¹

Al llegar á esta época importantísima de la vida de este insigne Sacerdote de la Iglesia de Jesucristo, quisiera presentar á vuestra consideracion todas aquellas virtudes ó riquezas, que en orden á su destino recogió en el campo del Señor, para hacerse digno ministro del Santuario; pero temo cansar vuestra atencion, y por lo mismo, me dirijo humildemente á vosotros, como en iguales circunstancias se dirigió á su auditorio S. Ambrocio: "Yo os ruego que me concedais y permitais á mi dolor, que pueda estenderme algun tanto en las alabanzas de aquel con quien ya no me es permitido hablar."²

Cuando la Esposa de los Cantares, llorando cuenta á sus compañeras la ausencia del Esposo: "Yo os conjuro, dice, hijas de Salem, que si á mi amado encontreis, le digais, que por los rigores de su separacion, sin fuerzas ya mi espíritu ha quedado." A tan tristes quejas las hijas de Sion contristadas preguntan á la Sulamítis: "¿Quereis decirnos, oh la mas hermosa de todas las mugeres, qué señas tiene vuestro amado?"—Y la Esposa describe y pinta con imágenes vivas las cualidades y gracias del objeto de su amor y de sus lágrimas.³

Hoy, que la Santa Iglesia de Zamora llora sin cesar por la separacion de su Esposo, y que

(1) Eccli. c. 45.—(2) De obit. frat. sui Satyri.—(3) Cant. c. 5.